

con sus varas, su palmeta y sus disciplinas, que por mandamiento suyo expreso colocaron junto á su cadáver en el ataúd, aún recogiendo todas las cóleras que en mí sobrecitó con sus insultos, todos los dolores que me hizo sentir con sus castigos, y todos los sobresaltos y miedos que me hizo sufrir su iracundia, mi corazón no puede maldecirle. Junto á su siniestra cara, al lado de su silueta formidable, aparecen en mis recuerdos, rodeándole, rostros de ángel que se desvanecieron en la nada del sepulcro, figuras encantadoras que pasaron como una sombra ante mis ojos, seres queridísimos, cuyas voces argentinas, me dicen desde allá arriba: ¡Perdón! ¡Perdón!

Y mi corazón le perdona, ¿pues qué sería la vida sin el supremo sentimiento de la piedad, que extiende la misericordia de las almas generosas hasta sobre los que nos hicieron padecer, inconscientes enviados quizá de alguien que en la sombra de lo invisible empuja las generaciones, por la senda del dolor, que obliga á meditar, á las cumbres rosadas del Bien y del Progreso?

RAMÓN CUEVAS.

Madrid, 24 de Julio de 1892.



NOTAS DE ESTUDIO

SOBRE LA

Santa Biblia

Generalidades.

Desde la infancia fui aficionado á inquirir la razón y fundamento de las cosas. De la mayor parte de ellas, bien que mal, dábanme explicación más ó menos cumplida, tranquilizando mi infantil curiosidad, ya mis padres, ya mis compañeros, mis profesores, por último.

Sólo cuando de religión se traba, me fué totalmente imposible obtener á mis preguntas respuestas que de alguna manera pudiesen satisfacerme. Las fórmulas más sencillas, los preceptos más elementales, las más vulgares prácticas, se me presentaban, ó totalmente ininteligibles, ó rodeadas de circunstancias y precedentes imposibles, ó veladas por el misterio. Los compañeros me remitían á los maestros, los maestros á los sacerdotes, los sacerdotes á la autoridad de un libro santo y á la gracia de la fe, reprendiendo á veces con excesiva acritud mis juveniles conatos de investigación, mostrándome esta

senda, que en todo lo demás es la única que conduce á la sabiduría y á la virtud, por caminos de sinsabores y de eterna condenación.

Rodeáronme en mi adolescencia personas y circunstancias que, por el ejemplo y el consejo, emanciparon pronto mi espíritu del temor en que las enérgicas admoniciones de algún sacerdote le habian sumido. Mi alma, ansiosa de saber, libre de estos temores, buscó con afán entónces la explicación del conjunto de dogmas, doctrinas, prácticas y ceremonias que la religión católica apostólica romana con tanta pompa y con tanta frecuencia predica, exhibe y ejecuta en el pasmoso número de magníficos templos con que cuenta España. El peligro que en las investigaciones religiosas se me había indicado, sirvió de aliciente á mi juvenil ardor. El misterio que rodea los dogmas fué estímulo á mi curiosidad, y la autoridad imperiosa con que el sacerdocio habla y condena, me incitaba poderosa y secretamente á ponerme en condiciones de replicar é insurreccionarme contra tan inusitado como contraproducente despotismo.

Eran unos años aquellos en que esto sucedía, que España, á la sordina, lo discutía todo, lo examinaba todo, lo analizaba todo, preparando el pensamiento para aquella gloriosa revolución del 1868, que dió al traste con la monarquía tradicional y la tradicional intolerancia religiosa. En los pasillos de las Universidades, en las sociedades particulares ó públicas, en los cafés, en los paseos, en todas partes, excepto en los sitios en que debiera efectuarse, se hablaba y contendía libremente de política y de religión, á despecho de insensatos Gobiernos, desconocedores de su siglo y de la eficacia de las ideas.

En las polémicas con los católicos, éstos, agotados todos los argumentos de segunda mano, los lugares comunes, la autoridad pontificia, los decretos de los concilios, al verse estrechados,

acudían indefectiblemente á la autoridad de la *Palabra divina*, y por divina, infalible. La *Santa Biblia*, el libro de los libros, el libro por excelencia, base y fundamento de todo dogma, de toda institución, de toda práctica, fuente eterna de verdad y de moral, era su última trinchera, fortaleza inexpugnable contra sus impugnadores.

El oír tantas veces citar este libro, ensalzar sus bellezas, proclamar la indestructible certeza de su contenido; el verle sublimado por elocuentísimos oradores, como bello; el mirarle respetado y adorado por los sabios, como profundo, además de excitar en mí un deseo vehemente de leerle y estudiarle, me le hicieron considerar desde luego obra perfecta en el orden literario, lógica y alabada en el científico, por todo extremo delicada y pudorosa en el moral.

Le adquirí: le lei... ¡Oh defección! Su lectura me fué fatigosa en muchos lugares, y necesité una fuerza de voluntad más que mediana para no arrojarle desencantado en muchas ocasiones. ¡Cuántas veces interrumpí la lectura lleno de cólera contra los que ofendieron á Dios al punto de atribuirle tantos disparates, maldades é indecencias como ponen en su boca autores que después de explayar su ignorancia y su vileza en sendas páginas, tuvieron la petulancia de que por los siglos de los siglos hubiera necios que las creyeran dictadas por la sabiduría y la bondad eternas!

En muchas ocasiones, años después, he vuelto á hojear la *Santa Biblia*. Ni trato de desconocer sus excelencias literarias, ni su valor como documento histórico, ni su influencia sobre la humanidad. Quédese todo esto aparte por ahora, ni concedido, ni negado, ni discutido siquiera. Me propongo solamente publicar algunas notas escritas al correr de la pluma, con el texto delante, sobre muchos pasajes de la *Santa Biblia*. En ellas hallará el lector tal vez más de un argu-

mento indestructible que le persuada del error profundo en que caería, creyendo, como creen, ó afectan creer, los católicos, que la *Biblia* es un libro auténtico, sabio, moral. De ser, como dicen, la palabra de Dios, habría de tener estas condiciones. Si no las tiene, ¿cuál es la consecuencia? Y sino las tuviera, siendo ella, como es, la base y fundamento proclamado indestructible, de la religión católica, y en general de todas las iglesias cristianas, ¿podrán en adelante unas y otras pretender ser otra cosa que obra humana, y como tal, imperfecta, reformable y destructible, para ser reemplazada por otra más acabada, verdadera y propiamente divina?

I

El *Pentateuco*. Divídese la *Biblia* en dos grandes partes: el Antiguo y el Nuevo Testamento. El Antiguo Testamento contiene todos los libros que constituyen la religión judaica. El Nuevo, la reforma de Jesucristo, su enseñanza y la enseñanza de sus apóstoles.

Comienza el Antiguo Testamento por el *Pentateuco*, ó sean *Los Cinco Libros* de Moisés, cuyos nombres son: el Génesis, el Exodo, el Levítico, los Números y el Deuteronomio.

Lo mismo judíos que cristianos, católicos que protestantes, sostienen que el autor de estos cinco libros es el célebre caudillo y legislador hebreo Moisés. Este gran profeta, dicen, único que ha hablado con Dios boca á boca, escribió estos libros por su orden y bajo su directa inspiración, con objeto de que los hombres conociesen los mandatos divinos.

Esta primera afirmación sobre el autor del *Pentateuco* es una insigne falsedad, como se prueba por el *Pentateuco* mismo. Por grande y por elegido que fuera Moisés, al cabo fué mor-

tal, y murió, sin que nadie haya dicho que resucitase. Pues nada menos que resucitar, coger la pluma, el estilo, ó lo que fuese, necesitó para poder escribir el capítulo XXXIV del *Deuteronomio*, donde en doce versículos se cuenta la muerte, sepultura y elogio del propio Moisés. Ante prueba tan elocuente de la existencia de una mano audaz y falsaria que ha pegado este capítulo al *Deuteronomio*, ¿á qué detenerse en el estilo, orden, ó mejor dicho desorden de las narraciones, repetición indigesta é inútil de historias y disposiciones legislativas? ¿A qué discutir entre cristianos el valor de unos preceptos divinos de que es una protesta viva y una condenación enérgica el Cristo? Rabinos y doctores disputan sobre lo conservado por el Mesías y lo condenado: á nosotros nos basta notar que el *Pentateuco*, tal como la *Biblia* canónica le contiene, no está escrito por Moisés, según el mismo *Pentateuco* prueba.

El *Génesis*. El capítulo I cuenta la creación del mundo por Dios en seis días. Este cuento le tiene deshecho totalmente la geología. Cuenta igualmente la creación del hombre, que hizo de barro. No entramos ni salimos en este negocio. En el II, hace la mujer de una costilla del hombre. El hombre y la mujer, según enseña la anatomía, tienen, sin embargo, el mismo número de costillas. Hay quien cree, no obstante, que el hombre tiene una costilla menos: con su pan se lo coma.

En el capítulo III, Eva come la manzana, la come Adán y la echan á perder, puesto que antes eran inmortales y felices, y desde entonces quedan sujetos á las enfermedades y la muerte. Tela larga ofrece este cambio de Adán y de Eva á las meditaciones de un filósofo. Si Adán antes era inmortal, ¿podía ser de la carne y hueso que nosotros? ¿Entonces no podía ahogarse, envenenarse, ser aplastado por una piedra, romperse una pierna ó la cabeza de una caída?

En el capítulo IV, Caín mata á Abel: ¡bella acción! Un fratricidio es la primera edificación que nos presenta la Biblia. El fratricida, á pesar de ser maldecido, progresa en hijos y en riquezas, hasta el punto de que más adelante sus descendientes, tan perversos como el padre, hacen arrepentirse á Dios de haber creado al hombre, ni más ni menos que se arrepiente un estudiante de haberle prestado un par de duros á un camarada ingrato.

En esta parte del Génesis, los hombres viven siglos y más siglos, como si los siglos no tuvieran los cien años que ahora tienen, ó como si en aquella edad no hubiera pulmonías, mal de piedra, almorranas y otras jerigonzas.

Y aparece Noe en los capítulos VI, VII, VIII y IX. Este varón era la única persona decente que había en la casta de Adán, y Dios le guarda para simiente. Carpintero de ribera, calafate, herrero y práctico en otros varios oficios, Noé hace un arca, mete en ella, por orden de Dios, un par de bichos de cada especie y sobreviene, estando todos ellos dentro viviendo en paz y en gracia de Dios, sin comer ni beber, el famoso diluvio. Detenerse á comentar estos capítulos, fuera una inocentada, sólo parecida á la del que los tome por otra cosa que una tradición popular y poética de uno de tantos cataclismos como ha sufrido la corteza terrestre.

Pero los guardados para simiente por buenos, tan pronto como pasa el peligro, vuelven á las andadas. Noé se emborracha, y Cam, uno de sus hijos, se burla de su desnudez. Ejemplo de moralidad puesto aquí sin duda con objeto de inspirar á la juventud respeto á los padres y ancianos. De Cam, hacen proceder algunos sabidillos catolizantes toda la raza negra, y no ha faltado doctor de la Iglesia que haciendo responsables á los negros de la falta de su padre, ha tratado de disculpar en ella la horrible esclavitud

que, contra toda moral cristiana, por largos siglos han protegido los Estados que de cristianos se precian.

II

El *Génesis*, en su capítulo X, da cuenta de las genealogías de Noé, ó sea la propagación del linaje humano. De Jafet indica siete hijos, uno de ellos Túbal, el que nuestros historiadores católicos han señalado rutinariamente como poblador de España. Después de establecer esta descendencia de Jafet, dice textualmente, versículo V: *Por esto fueron repartidas las islas de las gentes en sus tierras, cada cual según su lengua, conforme á sus familias en sus naciones.*

Meditemos. ¿Qué quiere decir las *islas de las gentes*? ¿Indica islas pobladas por gentes extrañas á la descendencia de Noé, por ella conquistadas, y entre ella repartidas? ¿Entonces, ¿cómo explicar la existencia de esas gentes después del diluvio universal, que destruyó toda ánima viviente, á excepción de las encerradas en la famosísima arca? Pobladas ó no, ¿qué islas son éstas?

Los comentaristas católicos señalan el monte Ararat, en Armenia, como el punto en que paró el arca de Noé. Parece natural que los hijos de éste, aun dándose mucha prisa al trabajo, tardaran muchos siglos en ocupar el Asia Menor y hallarla tan estrecha á su número que pensarán en ocupar islas, por lo general pequeñas, como lo son las que caen al fondo del mar Mediterráneo. Contra lo natural se reparten unas *islas de gentes*, y constituyen ya naciones á poco de bajar del arca. Todo esto me parece tan confuso como extraño. Además, se habla de lenguas en este versículo, cuando en el capítulo siguiente es donde las lenguas se confunden; falta de lógica y

de método, cuando menos, chocante en alto grado en obra de todo un Espíritu Santo.

Mas sigamos. Se numeran los hijos de Cam. En el versículo XIX se señalan los términos de esta descendencia maldita, desde Sidón á Gaza. Luego se determinan los hijos de Sem, y se dice textualmente que fué *su habitación desde Mesa, viniendo de Sefar, monte á la parte de Oriente*. Si dijera desde Mesa hasta tal parte, lo entendería: tal como está, ignorando desde donde el libro se escribe, pues carece de fecha y lugar, declaro que no lo entiendo. Y concluye este famoso capítulo, que, de decir verdad, fuera un monumento sin rival, afirmando que de los tres hijos de Noé descenden todos los hombres.

¿Son hombres los americanos? ¿Son hombres los pobladores de la Polinesia? Indudablemente. ¿Pues por qué rama ó ramita de este árbol genealógico entroncan con Noé? Ni ellos lo saben, ni nosotros tampoco, porque el Espíritu Santo que inspiró el *Genesis* no sabía una palabra de la existencia del nuevo continente ni de aquellas apartadísimas islas.

A unas y otras tierras forzosamente habrían de pasar embarcados, lo cual supone que la náutica en remotos siglos habría de estar, contra lo que dicen el sentido común y la historia, mucho más adelantada que en la Edad Media. En ninguna parte se halla rastro de estos viajes, ni los pueblos interesados han conservado de ellos tradición alguna; luego una de dos: ó los americanos y malayos no son hijos de Noé, ó son hijos espureos é ingratos que han olvidado á su padre, y no saben quiénes son sus hermanos.

Bien que mal, los pobladores del antiguo continente, al emigrar, conservan la civilización nativa en sus grandes manifestaciones indispensables á la vida social, pero los americanos y malayos lo olvidan todo y se vuelven completamente salvajes, como los vemos hoy todavía en mu-

chas comarcas. A mi no me cabe en la cabeza, con perdón sea dicho del Espíritu Santo, inspirador del *Genesis*, que un pueblo, una tribu, en la que se ha conocido una civilización, por rudimentaria que sea, se vuelva salvaje y antropófaga.

Además, los hijos de Noé debieron ser de una misma raza. O todos blancos ó todos negros. ¿Cómo, pues, los blancos se han vuelto negros, ó cómo los negros se han vuelto blancos? No vale decir que el clima atezó á los que vivieron en los calores africanos. Calores sofocantes experimenta América, y sus hijos fueron colorados y no negros. El clima no hace de un blanco un negro, y vice-versa.

Conclusión: estas genealogías ni explican, ni pueden explicar, las razas humanas actualmente existentes, ni su repartimiento sobre la haz de la tierra. Podrán explicar, que lo dudo, los entronques de algunas familias humanas con la familia judáica; las relaciones de parentesco de unos cuantos pueblos habitadores hace cuarenta siglos de los valles del Indo, del Eufrates, del Nilo, de las penínsulas de Arabia y Anatolia, y de las tierras situadas á poca distancia de estos lugares. No llamaré falsa esta genealogía así considerada, porque no existen datos para contradecirla. Mas considerarla otra cosa que un intento, en su tiempo generoso y relativamente científico, de explicar la fraternidad originaria de la humanidad conocida de los antiguos habitantes de las regiones nombradas, es positivamente alimentarse de ilusiones en cuestión tan árdua y tan compleja como la del origen del hombre.

Como los judíos tienen el placer de darse una genealogía, la han tenido muchos otros pueblos. Tanto montan unas como otras. De tener una solución este problema, hay que buscarla en la ciencia, no en el arca de Noé.

En los libros de geología se ven hermosas láminas que nos muestran las huellas que dejó una tortuga que vivió en una época antiquísima, en que la tierra era cosa muy distinta de lo que es actualmente. Se ven láminas que nos muestran hasta el aire que agitaba los bosques de coníferas, que, sepultadas por un fenómeno físico, se han convertido en las cuencas de carbón de piedra que hoy alimentan nuestras locomotoras. Por último, en cualquier museo se pueden ver por millares las hachas de piedra, las toscas herramientas, las groseras agujas de que se sirvieron los hombres primitivos.

Pues bien; cuando cosas tan deleznales y sutiles se han conservado, ó han dejado una huella; cuando diariamente aparecen vasijas, armas, etcétera, de remotas edades, ¿no es extraño, no es asombroso que de la más soberbia obra que los hombres han intentado no quede huella ni rastro alguno?

¿Cómo creer, pues, que los hombres alzaron en una vega, la vega de Schinar, la torre de Babel? ¿No quedaría algún rastro de semejante construcción? ¿Cómo creer que Dios confundió allí sus lenguas, y que por no entenderse se apartaron los unos de los otros? Tratando de explicar la variedad de las lenguas humanas, se concibe que una imaginación fértil invente este cuento: lo que no se concibe es que nadie se satisfaga con él. Supuesta la unidad de raza, era consecuencia forzada la unidad de lengua. Un hecho de semejante naturaleza y trascendencia debía ser eternamente recordado. ¿Cómo no han tenido ni tienen de él recuerdo alguno tantísimos pueblos grandes y poderosos, antiguos y modernos? Ni egipcios, ni griegos, ni romanos, tuvieron en la antigüedad noticia alguna de semejante torre, ni de tal confusión de lenguas. Los chinos é indios se burlan de semejante leyenda. Por último, los pueblos salvajes ó bárbaros, adonde los mi-

sioneros van á predicar el cristianismo, cuando oyen hablar de esto, se deleitan con la novedad de la noticia, como los niños cuando se les refiere algo extraño, de que no han oído hablar jamás.

* * *

De Sem se hace descender á Thare, y Thare engendra á los setenta años á Abraham, personaje de grandísima importancia en el *Genesis*, como tatarabuelo de todos los judíos, pactista con Jehová, y primer cincuncidado del planeta.

Abraham, como era justo, tomó estado casándose con Sarai. Tuvo este patriarca la desgracia de que le resultara estéril la señora, que por otra parte consta era bonita de verdad.

Con Abraham habla Dios como con un camarada. Le dice veté, y Abraham se va: le dice detente, y Abraham se queda. Jehová le dice, entre otras cosas, clara y terminantemente, que á su descendencia le dará la tierra de Canaam. Abraham edificó un altar para recuerdo de esta aparición. Pero la promesa de futuro no libra al elegido patriarca del hambre de presente, y se ve obligado á trasladarse á Egipto.

* * *

Copio textualmente lo que sigue, que pinta la época, pinta á Abraham, á Sarai y al rey de Egipto de mano maestra. Atención:

«Y aconteció que cuando estaba para entrar en Egipto, dijo (Abraham) á Sarai su mujer:

»He aquí, ahora conozco que eres mujer hermosa de vista; y será que cuando te hayan visto los egipcios, dirán: su mujer es; y á mí me matarán, y á ti te reservarán la vida.

»Ahora, pues, dí que eres mi hermana, para que yo haga bien por causa tuya, y viva mi alma por amor de tí.

»Y aconteció que, como entró Abraham en

Egipto, los egipcios vieron la mujer que era hermosa en gran manera. Viéronla también los príncipes de Faraon, y se la alabaron; y fué llevada la mujer á casa de Faraon. E hizo bien á Abraham por causa de ella, y tuvo ovejas, y vacas, y asnos, y siervos, y criadas, y asnas y camellos.

»Mas Jehová hirió á Faraon y á su casa con grandes plagas, por causa de Sarai, mujer de Abraham. Entonces Faraon llamó á Abraham y le dijo: «¿Qué es esto que has hecho conmigo? ¿Por qué no me declaraste que era tu mujer? ¿Por qué dijistes: «es mi hermana», poniéndome en ocasión de tomarla para mí por mujer? Ahora, pues, hé aquí tu mujer, tómalala y vete.»

Envanézcanse cuanto quieran los judios con su descendencia de Abraham. Un hombre que le propone á su mujer le *minotaurice* y la suplica pase por su hermana para que viva su alma por amor de ella, y que recibe del Faraon que se la lleva á su casa asnos, camellos y anima es de cuernos, á pesar de su pacto con Jehová, me parece un abuelo muy poco caballeroso, así como Jehová me parece que hace pasar á su elegido por un trance muy poco conveniente y correcto en persona llamada á tan preclara descendencia. Respecto á la crudeza del lenguaje biblico, nada digo, que ocasiones repetidas se presentarán de demostrarle hasta repugnante y asqueroso. De todos modos, el santo libro me parece que contiene muy poca santidad en esta leccioncita de derecho internacional faraónico-abrahámico.

III

Pido perdón al lector si ahora le doy ocasión de contemplar un cuadro repugnante, pintado al vivo, recargado de infamia y de vileza.

De buen grado pasaría por alto el capítulo del

Genesis, que tengo delante; pero precisa convenirse de un modo concluyente de que el ignoto confeccionador de este libro, inspirado, al decir de los católicos, por el Espíritu Santo, se deleitó en recoger tradiciones mentirosas, y exhibirlas sin pudor y sin decencia. Así concluirá ese engaño de que la *Biblia* es un libro santo. Mereciera ese título si sólo de santidad nos hablara, y ésta resaltase en las anécdotas y ejemplos de que se sirviese. Véase si cumple estas condiciones lo que sigue, que no hallaríais en una obra literaria de mediano alcance, sin arrojarla con menosprecio al fuego, y sin arrojar sobre su autor la nota de procaz y perverso.

Llegaron, pues,—dice textualmente el capítulo XIX del *Genesis*,—los dos ángeles á Sodoma á la caída de la tarde, y Lot estaba sentado á la puerta de Sodoma. Y viéndoles Lot, levantóse á recibirles é inclinóse hacia el suelo, y dijo: «Ahora, pues, mis señores, os ruego que vengáis á casa de vuestro siervo, y os hospedaréis, y lavaréis vuestros piés: y por la mañana os levantaréis y seguiréis vuestro camino.» Y ellos respondieron: «No; que en la plaza nos quedaremos esta noche.»

»Mas él porfió mucho con ellos, y se vinieron con él, y entraron en su casa, é hizoles banquete, y coció panes sin levadura, y comieron.

»Y antes que se acostasen cercaron la casa los hombres de la ciudad, los varones de Sodoma, todo el pueblo junto, desde el más joven hasta el más viejo; y llamaron á Lot, y le dijeron: «¿Dónde están los varones que vinieron á ti esta noche? Sácanoslos, para que los conozcamos.»

»Entonces Lot salió á ellos á la puerta, y cerró las puertas tras sí, y dijo: «Os ruego, hermanos míos, que no hagáis tal maldad. He aquí ahora: yo tengo dos hijas que no han conocido varón; os las sacaré fuera, y haced de ellas como bien os pareciere: solamente á estos varones no hagáis

nada, pues que vinieron á la sombra de mi tejado.»

»Y ellos respondieron: «¡Quita allá!» y añadieron: «Vino éste aquí para habitar como extraño, y ¿habrá de erigirse en juez? Ahora te haremos más mal que á ellos.» Y hacían gran violencia al varón, á Lot, y se acercaron para romper las puertas.

»Entonces los varones alargaron la mano, y metieron á Lot en casa con ellos, y cerraron las puertas.»

Renuncio á todo comentario de esta página escandalosa, forjada por una imaginación depravada, para justificar como un castigo del cielo la desaparición probable de alguna antigua ciudad de Palestina á consecuencia de un fenómeno geológico que no estaba al alcance de los conocimientos del que no debía ser muy perfecto, cuando concibe una corrupción y un ataque de todos los varones de un pueblo, desde el más joven al más viejo, en una misma noche.

A consecuencia de la depravación nefanda de los sodomistas, dice el *Génesis* que «entonces llovió Jehová sobre Sodoma y sobre Gomorra (cuenta que en Gomorra no habían los ángeles sufrido ataque) azufre y fuego...» ¿Qué es esto de llover azufre? Y fuego, ¿cómo puede llover?

Desengañémonos: en la *Biblia* no encontramos una frase sola que tenga claro y exacto sentido. Palabras hilvanadas, y nada más, para explicar fantasías imposibles física y moralmente.

* *

Parecía lógico que después de esto no viniera nada más nefando. Pero como en la *Biblia* todo sucede contra la lógica, no es así. Una familia como la de Lot, salvada por buena y piadosa nada menos que por dos ángeles que pasan los apuros que se han visto, debía de estar hecha á prueba de tentaciones. Todo menos esto. La mu-

jer de Lot, contra la orden recibida, á la vista del terrible castigo, vuelve la cabeza atrás y queda convertida en estatua de sal por arte de birlirloque, como en las comedias de magia. ¿Qué ha sido de esta estatua? Lástima que se la hayan comido, á fuerza de lamerla sin duda, los ganados de los pastores beduinos. Respetáranla y mostrándonosla el Papa, podría ir convenciendo á las gentes de su infalibilidad, nacida de palabras de la *Santa Biblia*, en otro de sus libros.

* *

Aún hay más, lector, aunque te parezca imposible. La *Santa Biblia* te ha mostrado lo que eran los hombres de Sodoma. Para que conozcas todo el género, va á mostrarte lo que eran las mujeres.

Las hijas de Lot, las que éste ofrecía á los sodomitas, recomendándoselas porque aún no habían conocido varón, las salvadas por los ángeles de Dios, al poco hacen lo siguiente:

«Empero, Lot subió á Zoar (á cuatro pasos de Sodoma, pues en una noche anduvo el camino), y asentó en el monte, y sus dos hijas con él: porque tuvo miedo de quedar en Zoar, y se alojó en una cueva él y sus dos hijas.

»Entonces la mayor dijo á la menor: «Nuestro padre es viejo, y no queda varón en la tierra que entre á nosotras, conforme á la costumbre de toda la tierra. Ven; demos de beber vino á nuestro padre, y durmamos con él, y conservaremos de nuestro padre generación.»

»Y dieron á beber vino á su padre aquella noche; y entró la mayor, y durmió con su padre: mas él no sintió cuando se acostó con ella ni cuando se levantó.

»El día siguiente (siguiente dice el texto) dijo la mayor á la menor: «He aquí: yo dormí la noche pasada con mi padre; démosle á beber vino también esta noche, y entra, y duerme con él, para

que conservemos de nuestro padre generación.»

Así lo hizo esta perla de niña, y ambas concibieron y parieron hijos á su padre.

Tan monstruoso incesto da fin á este famosísimo capítulo XIX, tejido de monstruosidades, que por sí solo basta para prohibir la lectura de la *Biblia* á toda joven honesta. ¡Y pensar que toda esta fábula del azufre que llovía, de la estatua de sal y del duplicado incesto, sólo tiene por objeto explicar el odio inveterado y el apartamiento en que han vivido en cientos de siglos los israelitas de los moabitas y amonitas!

* *

En el capítulo XX, la famosa Sara, siguiendo en sus excursiones á su marido, da con Abimelech, con quien estuvo expuesta á la misma faena que la aconteció con el Faraon de Egipto que se la llevó á su casa. Y también por el mismo motivo: por haberla hecho pasar Abraham por su hermana. ¡Y son dos las veces que el santo patriarca y profeta la coloca en tan peligrosa situación! Pero Abimelech cae enfermo. ¿Qué tendría esta tatarabuela de los judíos que el que se acercaba á ella con fines *non sanctos*, salía indefectiblemente castigado de plagas?

Doctores tiene la Santa Madre Iglesia, y tal vez la escuela de Medicina, que os sabrán contestar.

* *

Por fin Jehová, que es el protagonista de ese poema que se llama la *Biblia*, visita, palabra del texto, á Sara, en su vejez, y cuando ya, según ella había manifestado riéndose á dos ángeles que se lo habían anunciado, no tenía la costumbre de las mujeres. Este hijo de la estéril es el famosísimo Isaac, que entra en escena, siendo circuncidado á los ocho días.

Y viene otra historieta judaica.

Hasta el día de hoy, desde la más remota an-

tigüedad, los agarenos y los israelitas se han mirado de reojo. Cuando los judíos han podido, de esto hace ya mucho tiempo, han tratado con dureza á los ismaelitas. Estos, en revancha, y en verdad que ha sido grande y larga, los han molido á palos y tenidos en la más abyecta condición, como se ve actualmente en Marruecos, Turquía, etc.

Los judíos fueron flor de un día. Los ismaelitas, por el contrario, han constituido imperios que aún duran. Los primeros se ven sin patria ni hogar; los segundos independientes y poderosos. Pero el que no se consuela, es porque no quiere. Los judíos se han creído siempre los preeminentes, los hijos legítimos, despreciando á los ismaelitas por bastardos y miserables.

A esto era preciso, en tiempos literarios, darle un fundamento, una tradición, una fábula, y he aquí la inventada por los israelitas según la cuenta del *Génesis*.

Abraham, de una esclava llamada Agar, (de aquí agarenos), tuvo, con consentimiento de Sara, un hijo llamado Ismael (de aquí ismaelitas). Cuando el hijo de Sara nació, la madre hizo que Abraham arrojase de casa á la esclava con su hijo. El profeta comete esta horrible crueldad, cediendo á las instancias de una vieja iracunda y mandona.

Con un pan y un odre de agua hace largarse al hijo y á la madre. Estos se ven en agustias terribles en el desierto, y estando á punto de morir de sed, un ángel (por todos y para todos hay ángeles en el *Génesis*) les muestra una fuente y les promete vida, prosperidad y poder futuro.

Si al que esta tradición recogió en el *Génesis* le hubieran mostrado á los judíos de hoy día, viviendo de misericordia entre los pueblos que se honran descendiendo de Ismael, pareceme que se hubiera dado prisa á suprimirla, siquiera porque el hombre desapasionado no se burlase de sus ri-

dículas pretensiones de legitimidad y preeminencia.

IV

GÉNESIS. *Capítulo XXII.*—Jehová, como si no tuviera otra cosa mejor en qué entretenerse, se divierte en tentar al viejo Abraham, ordenándole que vaya á tierra de Moriah, y que en un monte que le señalará le sacrifique á su hijo *único* Isaac.

Vamos por partes. Abraham, de Agar, hemos leído que tuvo á Ismael. Leemos más adelante que de otra de sus concubinas, llamada Cetura, tuvo seis hijos que se nombran. Total, son siete hijos varones. Pongamos, cuandos menos, otras siete hembras, y hacen catorce hijos. ¿Por qué se llama *único* á Isaac? No veo ninguna razón de este modo de hablar, y le considero uno de tantos modismos que emplea la *Biblia* para decir lo que no es verdad.

¿Qué objeto podía llevarse Jehová al tentar tan atrozmente á Abraham? Probar su fe. Mas, ¿acaso el omnisciente Jehová no sabía que Abraham había de coger su borrica, y paso tras paso, en tres días, llegar á Moriah? Pues si lo sabía, ¿por qué no ahorró á su elegido esta molestia? Ya le había bendecido; ya había hecho con él un pacto; ya le había prometido la tierra de Canaan. ¿A qué esta ociosa y odiosa tentación?

Abraham oyó que le hablaban. ¿Dormido ó despierto? Esta voz, que le ordena sacrificio tan horrendo, ¿era la voz de Jehová? ¿Era la voz de sus instintos?

Si es esto último, como todo inclina á creer, dado que esta tradición judáica tenga algún fundamento; y si Abraham, por la voz de la razón, desiste del sacrificio de su hijo, sacrificando á Dios, tal como él lo concebía, un camero en vez

de Isaac, declaremos que Abraham fué grande al apartarse de las horrendas prácticas de los pueblos antiguos.

A los dioses bárbaros de la remota antigüedad se les sacrificaron personas. A Jehová instituye Abraham que se le sacrifiquen animales. ¡Progreso inmenso y bendito! ¿Qué importa lo burdo y hasta innoble del cuento, ante la pureza de esta moral? Lo que importarán más tarde los groseros embustes de que se rodean los orígenes del cristianismo ante el progreso moral, que significa la desaparición de la sangre del altar y su sustitución por un poco de vino y de inofensiva harina sin levadura.

* *

Abraham da honrosa sepultura á Sara; despidió á los hijos de sus concubinas hacia Oriente, y hereda á Isaac en todos sus bienes, haciéndole á la vez depositario de su fe religiosa en Jehová, que continúa en este joven el pacto hecho con su padre, postergando como éste á todos sus hermanos. ¡Donosa justicia la de Jehová! Hermana gemela de la justicia de Abraham. ¿No veis á Dios, parecido al hombre que le concibe, como una gota de agua es parecida á otra gota de agua?

* *

No todo en la *Biblia* es ininteligible ó indigesto. Tengo delante la historia de Rebeca, que respira gracia y hermosura por todas partes. El remoto Oriente aparece en los tiempos patriarcales con un colorido tan brillante y una juventud tan alegre, que cautiva el ánimo. No me extraña que egregios pintores hayan repetido en mil formas distintas, todas bellas, la gentil figura de Rebeca, con su ánfora á la cintura, vertiendo el agua que ha de refrescar las secas fauces de los camellos de Eliezer.

Al menos, Eliezer se le llama. ¿Por qué? Por